

## LA HIPOTECA SOCIAL (SOBRE LA PROPIEDAD PRIVADA)

POR

SILVANO BORRUSO

### El principio

Se sabe que el Magisterio de la Iglesia, a partir de la *Rerum Novarum*, afirma que existe una hipoteca social que naturalmente grava la propiedad privada. Citando a Santo Tomás, dice la encíclica de León XIII que "no se han de considerar las posesiones como propias, sino como comunes a todos, de modo que se puedan repartir con los demás según sus necesidades" y sigue "es un deber el dar al indigente lo que a uno le sobra" (n. 24). Que el susodicho principio deba extenderse a la propiedad de la tierra la encíclica no lo afirma expresamente, pero tampoco lo niega.

*Centesimus Annus* detalla: "La propiedad de los medios de producción, sean agrícolas o industriales, es justa y legítima si es en función de un trabajo eficaz. Pero llega a ser ilegítima, bien cuando queda sin utilizarse, o bien cuando sirve de impedimento al trabajo ajeno debido a un esfuerzo para enriquecerse no por la expansión del trabajo y riqueza de la sociedad sino por su dominio, explotación ilícita, especulación o por el romperse de la solidaridad entre los que trabajan" (n. 43). No hay duda de que se habla aquí también de la propiedad de la tierra.

### Precedentes históricos

Se desconoce con frecuencia que el principio de la hipoteca social estuvo vigente en la Cristiandad, tanto para la Iglesia como

para el poder civil, a lo largo de los siete siglos del feudalismo. El señor feudal, hacendado por el rey, cargaba con los costes de administración y de defensa. La Iglesia, hacendada por la misma consideración (que se creía empezase con la dudosa donación de Constantino), cargaba con los servicios sociales: salud, educación, hostelería, etc.

El pueblo llano, agrícola en su mayoría, pagaba un impuesto anual en productos alimenticios al señor de quien era vasallo, equivalente a unas cuatro semanas de trabajo. Para vivir, el agricultor medio y su familia necesitaban de otras 14 semanas. Para los lujos (cualquiera que estos pudieran haber sido por aquel entonces) necesitaba de otras 10, y los 150 y tantos días que quedaban de año eran días de ocio creativo, durante los cuales se construyeron, entre otras cosas, aquellas magníficas catedrales góticas que todavía suscitan la admiración de quienes se asoman al paisaje del noroeste europeo.

El primer golpe al sistema lo infligieron los barones ingleses por medio de la famosa *Magna Charta*. Los libros escolares alaban el documento como conquista libertaria, dejando en el tintero las correcciones exigidas por Papa Inocencio III antes de levantar su sentencia de condenación. Los barones querían libertad, pero no para el pueblo: *ellos* querían quedar libres de los deberes de defensa y administración, o sea de la hipoteca social que gravaba la propiedad de la tierra. Desde Inglaterra, la irresponsabilidad de los barones fue extendiéndose como mancha de aceite por toda la Cristiandad.

Implacablemente, la responsabilidad de los costes de administración y defensa fue transfiriéndose más y más de la nobleza a los reyes, que ahora tenían que cargar al pueblo con los impuestos necesarios para mantener burócratas y soldados. Los servicios sociales quedaron en manos de la burocracia eclesiástica, pero no por mucho tiempo. Los beneficios de la incautación de los bienes eclesiásticos, desde Enrique VIII de Inglaterra hasta Mendizábal en España y Cavour en Italia, lejos de llenar los erarios regios iba a llenar los bolsillos de los ya enriquecidos terratenientes. Estos, cada vez más libres de toda obligación, acosaban más y más a sus arrendatarios con rentas que les dejaban con

lo justo para mantenerse en vida. A las rentas se sumaron los impuestos indirectos, inventados por los terratenientes en el poder para librarse de la responsabilidad que les quedaba, y transferirla al pueblo.

La esclavitud, echada por la puerta durante el primer milenio, volvía por las ventanas en el segundo. Existen de hecho dos maneras de apropiarse injustamente del trabajo ajeno: bien considerando el ser humano mismo como propiedad privada, o bien negándole el uso de la tierra como suya. Esta segunda manera le fuerza a trabajar para los que han monopolizado la propiedad de la tierra. Filosóficamente es posible distinguir las dos, como dos esclavitudes de especie distinta; pero se trata de la misma distinción entre los dos lados de una espada de doble filo: a los heridos no les importa mucho cual de los dos filos los haga sangrar.

Y ocurrió que los expulsados de las tierras que sus padres habían cultivado por generaciones se refugiaron en los *commons*, las zonas tradicionales de pastoreo de la comunidad. Pero también estos, hacia finales del siglo xviii, fueron deslindados y sus ocupantes expulsados. Lo que salvó a estos desdichados de morir de inanición fue la Revolución Industrial, que lejos de *causar* su pobreza, palió sus consecuencias más duras, aun sin ellos darse cuenta.

Por si fuera poco, se le ocurrió al reverendo Malthus interpretar el crecimiento de población alrededor de las ciudades industriales como *sobrepoblación*, y achacarle la culpa (¡) a los sin tierra. Este embuste infame sobrevive aún hoy en no pocos libros de lo que pasa por historia en los colegios.

Unos pocos se dieron cuenta. Quesnay (1694-1774), el "Confucio europeo" como le apodaban, se había dado cuenta. Por eso recomendaba *l'impôt unique* sobre la tierra como medio moderno para restaurar la vieja hipoteca social de manera distinta. Otro consciente de la situación fue Turgot (1727-81), ministro de hacienda de Luis XVI. Este intentó derrumbar la inmunidad fiscal de las clases con privilegios pero sin ya deberes, pero éstas, demasiado poderosas, se vengaron de él tramando su ruina.

Hasta Adam Smith (1723-90) se percató del problema, pero la pensión que le pasaba el duque escocés de Buccleuch no le per-

mitió morder la mano de su "benefactor". Y, por fin, también se dio cuenta el profesor Thorold Rogers de Oxford (1823-90) que tuvo que pagar la osadía de haber expuesto la causa verdadera de la pobreza devastadora del pueblo británico (y del resto de Europa) con su expulsión de la cátedra en 1867.

Hacia siglos que síntomas aparentemente deligados se iban acumulando.

Mientras millares de alemanes sin tierra amotinados parecían masacrados por los caballeros alemanes incitados por Lutero, millares de sin tierra españoles y portugueses *saltaban el charco* del Atlántico como "Conquistadores". Estos no tardaron mucho en transformarse de sin tierra europeos en latifundistas americanos, y cuando los Jesuitas les impidieron esclavizar a los indios guaraníes protegiendo a éstos dentro de las Reducciones, los terratenientes les declararon guerra. La ganaron en unos dos siglos y destruyeron las Reducciones.

Cuando los nobles franceses, reunidos en París por Luis XIV para evitar una nueva *Fronde*, dejaban sus tierras en manos de burócratas estatales para vivir de pura renta en la capital, surgía la Mafia en Sicilia, bajo el empuje del mismo fenómeno de monopolización de tierras por unos pocos privilegiados, heredad de un feudalismo ya muerto.

Así el latifundismo se convertía en causa determinante de la ruina de la Cristiandad. Ya Plinio en la Antigüedad había señalado el mismo fenómeno como causa de la destrucción de Roma: los esclavos, elemento necesario del sistema, no tenían el más mínimo interés en defender lo que no era suyo.

En Europa la creación de latifundios contribuyó a mantener el grupo social de siervos de la gleba; en América fue una de las causas de la esclavitud. Se obtenían esclavos de África, con la ayuda de africanos pertenecientes a tribus costeras, a bajo precio. Su destino eran las plantaciones americanas. El comercio de negros no podía dirigirse hacia el Viejo Mundo, ya lleno de esclavos, pero blancos. Más aún, el gobierno británico se desembarazaba de población "sobrante" deportando sistemáticamente millares de ladronzuelos a Australia, recién descubierta y con mucha tierra fácilmente expugnable a los aborígenes.

Mientras San Juan Bosco empezaba a recoger golfos en las aceras de Turfín, arrojados a la calle por la misma política de expropiación, el añublo devastaba la patata, única cosecha en Irlanda de los sin tierra. Ocho millones de ellos, expulsados de sus granjas en beneficio de un par de centenares de latifundistas, se veían forzados a crear su propio suelo, mezclando tepe con algas marinas y echando la mezcla entre los pedregales que les dejaban (¡bondad suya!) los dueños. Ahí cosechaban patatas. Al mismo tiempo, los propietarios exportaban productos alimenticios, para no sólo vivir en Londres, París u otra capital europea, sino también pagar lo que podían de sus deudas hacia los banqueros, que paulatinamente desposeían a los viejos propietarios con las garras de la usura. El hambre de los arrendatarios no era asunto ni de unos ni de otros.

Quien no moría de hambre emigraba (a causa de la sobrepoblación, siguen mintiendo los libros de texto). Los irlandeses, y más tarde los italianos, pueblos militarmente débiles, fueron a parar a América, enriqueciéndola a expensas de sus países. Los ingleses, militarmente fuertes, y expulsados de América tres generaciones antes, se fueron a buscar oportunidades en África, donde se apoderaron de cuanta más tierra pudieron, forzando a los indígenas a trabajar para ellos. Cualquier sin tierra no tiene otra salida si quiere sobrevivir.

La diferencia entre las dos formas de esclavitud saltó dramáticamente a la vista al terminar la guerra de Secesión en América (1861-65). Quienes la ganaron económicamente fueron los cultivadores ex esclavistas derrotados militarmente. Se dieron cuenta en seguida de que el trabajo asalariado era *muchísimo más barato* que tener que dar de comer, cobijar, vestir y cuidar de la salud a sus esclavos.

### Henry George (1839-97)

El 27 de enero de 1865 un tipógrafo de 26 años en el paro abordaba un señor bien vestido en una calle de San Francisco, pidiéndole cinco dólares.

—¿Para qué los quiere?

—Mi mujer acaba de dar a la luz y no tengo de qué darle de comer.

El desconocido le dio los cinco dólares. “Si no lo hubiese hecho” comentaba el ex tipógrafo años después, “estaba tan desesperado que no hubiera vacilado en matarle”.

El joven era Henry George, a cuya muerte escribieron

TOLSTOY (1828-1910): No se discute con las enseñanzas de George, simplemente se las ignora. Y no es posible hacer otra cosa, porque quien se topa con ellas no puede sino estar de acuerdo.

FRANK LLOYD WRIGHT (1869-1959): Henry George nos ha proporcionado la sola solución de la cuestión de la tierra.

ALBERT EINSTEIN (1879-1955): Lamentablemente, hombres como Henry George son excepcionales. Es imposible imaginar una combinación más acertada de perspicacia intelectual, forma artística y ferviente amor a la justicia.

HELEN KELLER (1880-1968): El lector encontrará en la filosofía de Henry George una unidad rara de belleza y de poder de inspiración, y una fe espléndida en la dignidad esencial de la naturaleza humana.

SUN-YAT-SEN (1866-1925): Las enseñanzas de Henry George servirán como base de nuestro programa de reforma.

ALDOUS HUXLEY (1894-1963): Si tuviera que re-escribir *Brave New World*, ofrecería una tercera alternativa... de sentido común... una economía descentralizada y georgista.

Quien quiere documentarse más no tiene sino consultar Internet. Encontrará ahí más de veinte sitios dedicados a Henry George y a sus enseñanzas.

### **La doctrina: *Progress and Poverty***

Henry George nació en Philadelphia, Pennsylvania, en una familia de Episcopalianos, cuya recia piedad lo marcaría durante toda la vida.

Al terminar la enseñanza primaria se embarcó como mozo de trinquete en un velero que le llevaría a través del Pacífico hasta Australia y la India. Ya por aquel entonces se manifestaba su facilidad para escribir (le había dado clases su madre, maestra de escuela), en un diario que todavía se conserva.

De vuelta a Philadelphia aprendió el oficio de tipógrafo cajista, pero el paro allí reinante le forzó a trasladarse a San Francisco, en plena fiebre del oro que se había iniciado en 1849. Dos expediciones sin éxito le hicieron conocer el hambre y la adversidad hasta el punto de vivir como un vagabundo.

Intentó la tipografía otra vez, pero trabajo y paro se alternaban incontrolablemente, sin que el joven Henry pudiera hacer nada para obtener un empleo estable y bien remunerado.

En 1861 conoció a Annie Corsina Fox, huérfana de 17 años, católica. Durante una enésima crisis económica, sin ahorros y sin trabajo, le propuso el matrimonio. Sacó una moneda de 50 centavos:

—Annie, es todo lo que tengo. ¿Te casarías conmigo?

—Si las obligaciones matrimoniales no te amedrentan, sí.

A una temporada de prosperidad mediana siguió la bancarrota de la pequeña empresa que había montado con unos amigos tipógrafos, hacia finales de 1864. Fue esta miseria, que le obligó a pordiosear los cinco dólares con los que dar de comer a Annie, que acababa de dar a la luz su segundo hijo.

Hacía tiempo que una idea le inquietaba: ¿Por qué en territorios recién poblados los salarios son siempre más altos que en territorios de viejo asiento? ¿Por qué prosperidad y pobreza no sólo aparecen juntas, sino siguen rumbos siempre más divergentes? ¿Por qué la caridad, sea pública sea privada, no logra eliminar males sociales como el vagabundeo, el pordioseo, la prostitución?

Si en San Francisco había visto como *crecían* progreso y pobreza, en 1869 en Nueva York veía la *madurez* del proceso durante el intento, vano, de suscribir a la agencia de prensa *Associated Press* el *San Francisco Herald* para el cual trabajaba como cronista. El contraste chocante entre la opulencia más descarada y la miseria más degradante transformó en obsesión

el deseo de encontrar una respuesta a las cuestiones que le inquietaban.

Pero la respuesta no vino en Nueva York, sino en San Francisco unos meses más tarde. Durante una excursión a caballo por las colinas del este de la ciudad, desmontó y preguntó a un arriero transeúnte, para entablar conversación, el precio de la tierra en aquellos parajes. "No sé", contestó el arriero, "pero un poco más allá hay un hombre que pide 1000 dólares por un acre".

¿Qué ocurría "un poco más allá" para que un acre de tierra rural valiese una fortuna en la California de 1869?

Estaba por llegar el ferrocarril transcontinental. El valor de las propiedades en los alrededores de Oakland llegaba hasta las estrellas con las peleas de los especuladores que se aseguraban la posesión de tierras *antes* de que llegaran los que la *necesitarían* para vivir y para trabajar.

George entendió. Con el aumento de la población, el valor de la tierra también aumenta, y quienes la necesitan deben pagar por el privilegio de usarla. Pero la tierra es esencial para satisfacer las más básicas necesidades del hombre. Si existe un derecho a la vida igual para todos, también existe un derecho al uso de aquellos dones de la naturaleza que sirven para sostenerla, también igual para todos. Permitir a un grupo restringido adueñarse de la tierra es lo mismo que permitir al mismo grupo adueñarse del resto de la población. El republicanismo, por no decir nada de la democracia, se convierten en palabras sin sentido.

El remedio es obvio. Para devolver el control de la tierra a quienes la usan, es suficiente cargarla con una *hipoteca social que sustenga el gasto público del Estado*. Quienquiera que ocupe tierra, que pague en proporción a la cantidad y calidad de valor *sustraído* de los recursos naturales pertenecientes a la comunidad, y reciba parte de aquel valor bajo forma de servicios públicos. Nadie se verá despojado de los frutos de su trabajo, *y la carga fiscal no caerá más sobre la producción*.

No había nada nuevo en la visión de Henry George. Se trataba de la misma conclusión a la que habían llegado el sistema feudal y hombres como Quesnay y Turgot, de cuya existencia por otro lado George no estaba al tanto. Y empezó a documentarse, y a escribir.

En 1879, a sus 40 años, terminó el manuscrito de *Progress and Poverty*. Cuatro años después escribiría al padre Thomas Dawson,

Al terminar la última página, en el corazón de la noche, completamente solo, caí de rodillas y lloré como un niño. Dejé todo lo demás en las manos del Maestro...

George sabía que había escrito una obra importante. Envió una de las primeras copias a su padre, que vivía en Philadelphia. En la carta que acompañaba el libro escribió:

Estoy agradecido de haberlo podido escribir, y que vos estéis en vida para leerlo... Al principio, y quizá durante una temporada no se le dará el debido reconocimiento, pero acabará siendo considerado como un gran libro. Se publicará en los dos hemisferios y será traducido en varios idiomas. Lo sé, aunque ninguno de nosotros dos lo verá en esta tierra.

Todas las profecías se verificaron. En 1905 *Progress and Poverty* había vendido dos millones de copias, y en 1920 estaba ya traducido en 24 idiomas. Hoy, el número de ejemplares supera al de el total de las publicaciones de Carlos Marx. La Fundación Schalkenbach sigue publicándolo en Nueva York. Porque sigue siendo proscrito en todas las facultades de economía es problema del que nos ocuparemos más adelante.

### **El tercer paradigma**

Para un lector avisado debería ya estar claro que el georgismo constituye el tercer paradigma económico sobresaliendo a los tópicos capitalistas y marxistas. En palabras del mismo Henry George

El error socialista consiste en considerar el capital y el trabajo como únicos factores de producción y de distribución. En efecto, en nuestro sistema industrial altamente desarrollado existen

tres factores de producción, y luego un cuarto, y generalmente hablando, un quinto, de distribución. Además del capitalista A y el trabajador B, se encuentran el terrateniente C, el recaudador de impuestos D y el representante de monopolios injustificados (además del de la tierra) E. Lo que A y B se dividen entre sí no es el producto de su esfuerzo conjunto, sino lo que les dejan C, D y E.

El marxismo diagnostica el problema equivocadamente, y propone un remedio necesariamente defectuoso. Si existen sólo capital y trabajo, la tierra es parte del capital. La solución marxista es la nacionalización de la tierra junto a todos los demás medios de producción. Resultado: todos acaban desposeídos de tierra, y todos son forzados a trabajar para el estado, único terrateniente. En los términos del párrafo superior, C, D y E se funden en el único Moloch estatal del cual setenta años de experimentos en esta dirección han conducido a la bancarrota.

El georgismo propone *dirigir* la atención del recaudador D hacia el terrateniente C y el monopolista injusto E, en vez de fijarla en los frutos del trabajo del capitalista A y del trabajador B. El fundamento lógico del razonamiento está en que los frutos del no-trabajo de C y E los producen los esfuerzos de A y de B, no los del propios C y E.

Resultado: a nadie convendría ser terrateniente C o monopolista E *sin ser al mismo tiempo* o bien capitalista A, o bien trabajador B, o las dos cosas. Dicho de otra manera, todos gozarían del 100% de los frutos del trabajo propio, más los frutos de la hipoteca social bajo forma de servicios públicos. Nadie viviría a costa del trabajo ajeno. El Estado no tendría porque cargarse con los servicios sociales, ya que todos gozarían de ingresos suficientes como para hacer frente a cualquier gasto de educación, sanidad, etc. La burocracia se reduciría a una proporción ínfima de la desmesura en la que capitalismo y marxismo la han hecho llegar... No sigo. Que el lector siga sacando por su cuenta las consecuencias prácticas de la restauración de la hipoteca social.

## Un malentendido de origen semántico

Invitado por la *National Land League* irlandesa, que luchaba por la eliminación de la explotación inicua de los arrendatarios por los propietarios absentistas que vivían en Londres, París u otras capitales europeas, George pasó un año en Irlanda como corresponsal del periódico neoyorquino *The Irish World*. Allí se sorprendió al constatar que los obispos de Clonfert y de Meath sostenían la misma tesis de *Progress and Poverty*, aun en contra de la opinión mayoritaria del resto del episcopado, tenaz en su soporte a la propiedad de la tierra monopolista (y por tanto sin hipoteca social).

120 años más tarde puede uno ver cómo se trataba de un problema más bien semántico. George se expresaba en términos de "confiscación de la renta", lo que se parecía mucho a "confiscación de la propiedad privada" patrocinada por los socialistas de corte marxista que ya entonces se hacían oír. El malentendido provocó una crisis que está todavía a la raíz del fracaso práctico de la doctrina social del Magisterio durante todo el siglo xx.

## El reverendo McGlynn

Al volver a América en el otoño de 1882, precedido por la fama de centenares de discursos y conferencias, Henry George tuvo la grata sorpresa de encontrar un activista, sostenedor incondicional de su doctrina, en la persona del Dr. Edward McGlynn, rector de la parroquia de San Esteban de Nueva York. Sólo dos años mayor que George, McGlynn había recibido la ordenación sacerdotal en San Juan de Letrán el 8 de marzo de 1860.

*Progress and Poverty* le había causado tan profunda impresión que le "convirtió" y le lanzó a la "conversión" de muchos más con una actividad incansable.

Era por aquel entonces arzobispo de Nueva York el Dr. Michael Augustine Corrigan, ayudado por el vicario general Mons. Thomas Preston. Ya que América era todavía país de

misión, gobernado eclesiásticamente por la Congregación de Propaganda Fide, Nueva York no había tenido más que tres obispos. Corrigan y McGlynn, que habían sido compañeros de estudios, se encontraron pronto en rumbo de colisión.

George, a quien no le interesaba la política, había pedido un aval de 30 mil firmas para presentarse como candidato en las elecciones municipales para alcalde de Nueva York en 1886. Las firmas fueron recaudadas sin dificultad. McGlynn presentó George a Corrigan. Este, aun recibéndole cortésmente, se negó en absoluto escucharle. Además prohibió a McGlynn apoyar a George bajo pena de suspensión *a divinis*. Fue inútil tanto que George le regalara un ejemplar de todos sus libros, como que le proporcionase prueba de que el obispo irlandés de Meath sostuviera su misma tesis. McGlynn fue suspendido. El candidato de Tammany Hall, Hewitt, estaba tan aterrado de un posible éxito electoral de los advenedizos George-McGlynn que pidió el soporte de Corrigan. El arzobispo condenó la doctrina de George como "errónea, peligrosa y contraria a las enseñanzas de la Iglesia", al mismo tiempo intrigando para que Roma excomulgara McGlynn y pusiera *Progress and Poverty* en el *Index*.

Una mezcla de corrupción, intimidación y escrutinios fraudulentos contribuyeron para que Hewitt derrotase a George por 90 mil a 60 mil votos. El 14 de enero de 1887 el Cardenal Simeoni, prefecto de Propaganda, ordenaba a McGlynn repudiar públicamente las teorías de George y presentarse en Roma. McGlynn se negó, aduciendo su salud precaria. Era verdad; pero la razón más determinante era la falta de una específica acusación, además de la ausencia de un proceso canónico que justificara el decreto episcopal de suspensión. El Cardenal Gibbons de Baltimore, amigo de McGlynn y que se encontraba en Roma en aquellos días, intercedió ante el Vaticano para que *no* pusiera *Progress and Poverty* en el *Index*.

Los asuntos se precipitaron. El 4 de julio de 1887, al vencer los 40 días de prórroga de Roma, se impuso la excomunión a McGlynn. En esta situación permanecería durante cinco años.

La condición de excomulgado, aunque dolorosa, le permitió denunciar aquellos abusos de poder eclesiástico que como

sacerdote no-excomulgado no hubiera podido. El caso más clamoroso fue la denegación de sepultura cristiana al trabajador John McGuire, muerto de infarto durante una reunión de la *Anti-Poverty Society* el 17 de febrero de 1887. Durante dos largos años el hermano del difunto, sin tribunal eclesiástico al cual acudir, había llevado el pleito a los tribunales civiles, que no podían sino declararse incompetentes en el asunto. Cuando al príncipe Rodolfo de Habsburgo, suicidado en Mayerling en febrero de 1889, le fue concedido un funeral religioso en plena regla, McGlynn hizo suya la *opción preferencial para los pobres*:

¡Se niega sepultura cristiana a John McGuire! ¿Por qué? Porque John McGuire no murió por su propia mano, sino ¡por la mano de Dios en una de las reuniones de la *Anti-Poverty Society*!... El príncipe Rodolfo era hijo de emperador, John McGuire un pobre trabajador. Y así al Vicario General le pareció bien negar a éste sepultura cristiana sin gran peligro de ofender a la facción de los poderosos, mejor dicho con su visto bueno...

El cesar en las obligaciones del cargo le permitió asumir otro cargo, también doloroso pero necesario: hacer de padre de los cuatro niños, huérfanos de su hermana, fallecida unas semanas después de su marido.

### **“Santidad”: Carta abierta de Henry George a León XIII**

En mayo 1891 Henry George estaba redactando su gran obra *The Science of Political Economy*, cuando salió la *Rerum Novarum*. Interrumpió su trabajo (que quedaría sin acabar) para escribir una carta abierta de más de 100 páginas al Papa.

George creyó ver en la encíclica una condenación de sus doctrinas. Empieza:

Santidad: he leído con extrema atención Vuestra encíclica... Ya que la condenación más sorprendente está dirigida en contra de una teoría cuyos defensores sabemos que tendría que recibir Vuestro apoyo, pido licencia para exponer delante de Vuestra

Santidad las bases de nuestras convicciones, y de presentar de modo claro y ordenado algunas consideraciones desafortunadamente pasadas por alto por Vuestra Santidad.

Parangonando las dos doctrinas, no puede uno pasar por alto que la del Papa desafía al socialismo *en los términos y según la estrategia escogidos por éste*, o sea considerando capital y trabajo como los únicos factores de producción y de distribución. Se sigue que los remedios no pueden ir más allá de una caridad cristiana entre el capitalista A y el trabajador B, más una intervención estatal para regular posibles abusos, pero se dejan intactos los privilegios injustos del terrateniente C y del monopolista E, por lo cual el recaudador D no puede sino seguir acosando a A y B como antes. George no titubea en profetizar las consecuencias de tal laguna:

La regla de oro (del cristianismo) es no hacer a los demás lo que uno no querría se le hiciera a él. Pero el sistema que grava de impuestos los productos y procesos del trabajo; y que por tanto aumenta los precios de artículos de compraventa, ha hecho surgir el proteccionismo... Una tal teoría sanciona los odios nacionales, provocando una guerra universal de aranceles; enseña a un pueblo que su prosperidad yace en imponer restricciones a la producción ajena; restricciones que no se quieren para la propia; y pisotear los derechos de los forasteros se transforma en virtud ciudadana en lugar de la doctrina cristiana de la fraternidad universal.

Era la política que conduciría al mundo a la hecatombe de la Gran Guerra.

Cuando una vocación específica requiere un aprendizaje especial, o el acceso a un oficio está restringido artificialmente, la competición, impedida, hace que aumente de alguna manera el nivel de los sueldos. Pero en cuanto el progreso técnico se desprende de ciertas habilidades manuales, o en cuanto se abaten las barreras artificiales, los sueldos bajan otra vez al nivel más ínfimo.

Esto es lo que está haciendo delante de nuestros ojos la política de globalización, especialmente con la traslados de plantas industriales a países de bajo nivel salarial como China.

El progreso intelectual y material necesita un correspondiente progreso moral. El conocimiento y el poder no son ni buenos ni malos. No son fines sino medios, capaces de desarrollar fuerzas que fuera de control de unas relaciones ordenadas, necesariamente toman formas de desorden y de destrucción... mucho más rápidas y terribles de las que ya han dado al traste con civilizaciones anteriores.

Sin comentar.

Vuestra encíclica da el Evangelio a los trabajadores y la tierra a los latifundistas. ¿Puede uno maravillarse de los que con desdén dicen "los curas se apresuran a dar a los pobres cantidades iguales de lo que no se ve, pero se guardan bien de hacer aflojar a los ricos las garras sobre todo lo que se ve"? Esta es la razón por la cual las masas de los trabajadores se alejan cada vez más de la religión cristiana.

En la Antigüedad quien se sentía amenazado o perplejo por algún que otro desastre recorría al oráculo preguntando, "¿en qué hemos ofendido a los dioses"? Hoy los hombres, amenazados por males crecientes que se ciernen sobre la sociedad y conscientes de que *hay algo que no va*, hacen la misma pregunta a los ministros de religión. ¿Y qué se le contesta? Pues lamentablemente, con pocas excepciones las respuestas son tan vacías e inadecuadas como las de los oráculos paganos.

Sin duda hay otras razones detrás del abandono de la práctica religiosa, pero las citadas por George se encuentran entre las más relevantes.

El tono de la carta no es evidentemente el que hubiera usado un católico, pero George unió a una indudable severidad, un respeto poco común. La carta termina diciendo:

¡Siervo de los Siervos de Dios! Me dirijo a Vos con el más fuerte y dulce de Vuestros títulos... Deseándoos los días y las fuerzas que puedan... hacer de Vuestro Pontificado uno de los más gloriosos de todas las épocas; y con el más profundo respeto debido a Vuestro carácter personal y cargo nobilísimo, sinceramente me digo Vuestro Henry George. Nueva York 11 de septiembre de 1891.

También este saludo final tuvo carácter de profecía. León XIII sobreviviría a Henry George seis años y a McGlynn, tres.

El Papa recibió una copia, traducida al italiano y ricamente encuadernada, de las manos del prefecto de la Biblioteca Vaticana. No contestó a George, pero actuó. Era evidente que el telecontrol de los asuntos eclesiásticos de EE.UU. fuera el primer anacronismo que poner al día y la primera anomalía que corregir. En 1892 llegó a EE.UU. el arzobispo (más tarde cardenal) Francesco Satolli, con el encargo preciso de quedarse como primer Delegado Apostólico y de resolver todas las disputas entre obispos y sacerdotes empezando por el caso McGlynn.

Satolli convocó a McGlynn en la sede de la Universidad Católica de Washington. Una comisión de expertos, de la cual quedaba excluido todo amigo o simpatizante del sacerdote excomulgado, pidió a McGlynn que presentase un resumen escrito lo más conciso posible de la doctrina georgista. Los expertos dictaminaron que no había error alguno, y así McGlynn tuvo la dicha de celebrar la Misa de Navidad. Moriría en la parroquia de Newburgh (Nueva York) el 7 de enero de 1900. George le había precedido en la tumba, abatido por un infarto cuatro días antes de las elecciones de 1897 para alcalde de Nueva York.

### **Marx defrauda a George del siglo xx**

¿Como hubiera sido el siglo xx si, en lugar de seguir las doctrinas funestas del "príncipe de los atolondrados" (así llamaba George a Carlos Marx), se hubiese conducido de acuerdo con los principios georgistas?

No hay que achacarle a la *Rerum Novarum* haber causado el socialismo del siglo xx por auspiciar la intervención estatal. Pero no hay duda de que el socialismo imperó durante todo el siglo y lo sigue haciendo.

Tampoco puede uno negar el fracaso clamoroso de todas las doctrinas económicas propuestas entre 1900 y 2000. Los premios Nóbel concedidos a los gurús de la "ciencia ruin" desde 1969 recuerdan a grandes olas rompiéndose en la orilla una tras otra

con continuidad puramente cronológica pero de ninguna manera lógica ni *a fortiori* metafísica.

Sobre la corrupción de las ciencias económicas desde 1900 hasta la fecha puede leerse la obra de los profesores Mason Gaffney y Fred Harrison (1).

Quien se ocupa seriamente de asuntos corrientes sabe que las masas de trabajadores americanos no son socialistas, sino conservadoras. Los multimillonarios son socialistas y colectivistas, y cuanto más multimillonarios tanto más socialistas tienden a ser. Marx es el oráculo imperante en las universidades más importantes del país. En Gran Bretaña la *Londron School of Economics*, fundada por el matrimonio Webb en los años 1930, tiene la tarea precisa de difundir el evangelio del socialismo fabiano, o sea, a plazos. Todos o casi los líderes tercermundistas educados en las universidades anglosajonas son marxistas, de nombre, de hecho o ambas cosas.

¿Qué les ofrece el marxismo a estos señores? En una palabra, *poder*. Quien desea poder, y tiene dinero para comprarlo, no necesita más que capturar los centros de formación intelectual, que es exactamente lo que hicieron los que financiaron las universidades a principios del siglo xx. De ahí que a la pregunta "¿Has oído hablar alguna vez de Henry George?" cualquier estudiante universitario contesta negativamente.

Cuando no es el marxismo, el paradigma reinante en la enseñanza de la economía es el neo-clasicismo. ¿Qué enseña? Que el terrateniente C, el capitalista A y el monopolista E son una y la misma realidad. Sólo al recaudador D se le permite acosar independientemente a los trabajadores B y capitalistas (no en cuanto terratenientes) A. La diferencia con el marxismo no es tanta.

### Siglo XXI *ineunte*

La economía moderna acertadamente incluye, en la definición de tierra, todos los recursos naturales añadidos por el pro-

(1) *The Corruption of Economics*, Shephard-Walwyn (Publishers) Ltd. Londres, 1994.

greso tecnológico durante los siglos XIX y XX. Se puede empezar por el espectro electromagnético, para continuar con la capacidad del medio ambiente para absorber sustancias contaminantes, la extracción de energía en sus varias formas, el espacio aéreo y cósmico además del terrestre y acuático, etc. Si los que *sustraen* valor a estos recursos pagaran la hipoteca social para los gastos públicos, el valor añadido por el sudor de su frente se le quedaría entero en el bolsillo. Y la reforma sería verdadera y permanente, poniendo punto final a una anomalía de siglos causa de tantos males.